



EL SR. IBRAHIM Y LAS FLORES DEL CORÁN

LA TIENDA QUE
DESPACHABA ESENCIAS
PARA COCINAR UN MUNDO MEJORABLE

Ernesto Caballero dirige el relato de **Eric-Emmanuel Schmitt**, interpretado por **Juan Margallo** y **Julián Ortega**, que nos propone asistir a un encuentro entre culturas en el que también se conjuga un mensaje de tolerancia

La versión teatral que dirige Ernesto Caballero del relato de Eric-Emmanuel Schmitt, *El Sr. Ibrahim y las flores del Corán*, coproducido en colaboración con el Centro Dramático Nacional, es, básicamente, una conciliadora y candorosa lección de tolerancia y respeto a las diferencias. Interpretado por Juan Margallo (un solitario tendero árabe) y Julián Ortega (en el papel del adolescente judío), el relato de Schmitt, que fue hace cuatro años trasladado al cine con dirección del francés François Dupeyron con un reparto en el que figuraba Omar Sharif (obtuvo el Premio del Público del Festival de Venecia 2003 y fue seleccionada para los Globos de Oro como mejor película extranjera), es valiente, honesto y necesario como pocos en estos momentos en los que muchos nos preguntamos si es posible imaginar un futuro de concordia entre Oriente y Occidente.

En pleno siglo XXI aún no hemos sido capaces de superar los intratables conflictos que marcan las diferencias culturales, políticas,

sociales y económicas, entre dos mundos. No parece probable que la creación de un Estado binacional de árabes y judíos sea hoy posible hasta que no se altere el mapa de odios, sangre e intransigencia con el que estos dos pueblos se tratan. Sin embargo, he aquí un texto que reconcilia al hombre consigo mismo y demuestra que la coexistencia no sólo es posible sino además enriquecedora: basta con mirarse a los ojos, romper estereotipos y escuchar. De ahí a la convivencia sólo hay un paso. Un niño judío y un viejo musulmán son los protagonistas de esta historia de amistad que es también, sobre todo, un himno a la tolerancia.

El señor Ibrahim y las flores del Corán cuenta la amistad entre un solitario y reflexivo tendero árabe, el señor Ibrahim, y el inquieto adolescente judío Momó. Enmarcada en el París de los años sesenta, la íntima relación que se establece entre ambos personajes simboliza de forma magistral el encuentro entre culturas y difunde con ternura y humor un mensaje de

tolerancia, diálogo y mutua comprensión. La pieza forma parte de la denominada *Trilogía de lo invisible*, de Eric-Emmanuel Schmitt, el autor vivo de teatro más representado en Francia y en extranjero. Sus tres narraciones breves en torno a las grandes religiones de la humanidad: *Milarepa*, sobre el budismo; *Óscar y Mamie-Rose*, sobre el cristianismo, y *El señor Ibrahim y las flores del Corán*, en torno al judaísmo y el Islam, son tres aportaciones magistrales que retratan el mosaico primigenio de las más notables reservas espirituales que rigen el mundo contemporáneo.

La versión teatral en francés de *El Sr. Ibrahim y las flores del Corán*, con puesta en escena de Bruno-Abraham Kremer, se estrenó en diciembre de 1999. Visitó el Festival de Aviñón en julio de 2001 y se repuso en París en septiembre de 2002. Desde entonces no ha dejado de representarse en Francia y otros países, y actualmente se repone, con Bruno-Abraham Kremer, en el Théâtre Marigny de París.

ENTREVISTA

JUAN MARGALLO

“Es preciso ir al teatro a divertirse aunque sea llorando”



Ha trabajado con algunos de los más grandes directores de escena españoles, desde José Luis Alonso a José Tamayo, pasando por Miguel Narros, Luis Escobar o José Luis Gómez. El actor y director extremeño Juan Margallo, al que también hemos tenido ocasión de contemplarlo a las órdenes de Víctor Erice, Camus, Adolfo Marsillach, Fernando Colomo, Juan Antonio Bardem, Achero Mañas o Isasmendi, entre otros, cree que este sorprendente y epifánico texto de Eric-Emmanuel Schmitt, es toda una lección de humildad que atenúa con cariño todos nuestros ingenuos brotes de soberbia. *Uno va a ver esta obra y sale más bueno*, dice.

Con esta obra Margallo, uno de los intérpretes más destacados y beligerantes de la escena independiente en la España de la dictadura franquista de la década de los sesenta y setenta, obtuvo como Mejor Actor su segundo Max (el primero fue en 2003 por su interpretación como secundario en *Pareja abierta*). Su tendero musulmán es un padre para Momó, un adolescente al que la existencia ha desposeído de esperanza. Su madre lo ha abandonado y su padre se suicida en el curso de la función. El señor Ibrahim le entrega el afecto del que ha carecido y le descubre el universo refulgente y poético de la vida. *Son dos personas de edades distintas y de creencias religiosas encontradas. Dos seres desengañados, angustiados y desesperados, cada uno a su manera. A través de esa relación que crece en el humilde lugar de la tienda*

de comestibles, se fortalece los afectos entre ambos personajes. El amor siempre se conjura para doblegar las carencias, las religiones y las razas. Originariamente Schmitt planteó este texto como un relato dedicado a un amigo, pero luego lo transformó en obra para teatro. En la versión cinematográfica, el viaje a Oriente Medio se produce en coche, mientras que en la teatral, una alfombra sirve a los protagonistas para atravesar imaginariamente poblados y polvorientos caminos. Con esto quiero decir que la versión teatral es mucho más metafórica y rica a la hora de vertebrar desde la fábula ese viaje iniciático que tanto Ibrahim como Momó emprenden juntos.

Ibrahim es musulmán, pero se encuentra al otro lado de lo que pudiera ser un extremista convencido de las guerras santas. Se toma con mucho sentido del humor la vida, incluida la religión. Bebe alcohol porque es sufi e interpreta el Corán desde la bondad y la humanidad. Yo sé lo que pone mi Corán, le repite a Momó. Yo no creo en ninguna religión, pero en todo caso estaría más cerca de la concordia que predica el Sr. Ibrahim, señala Margallo.

La obra de Schmitt demuestra que si somos capaces de tolerarnos y respetar nuestras diferencias, la concordia siempre es posible, o al menos es más llevadera. Ibrahim y Momó llegan a entender que se pueden completar y ayudar el uno al otro entregándose lo que siempre les ha faltado, el amor. Cuando Momó le confiesa al

viejo tendero que existe en su escuela una chica de la que está enamorado, pero que ésta no le corresponde, Ibrahim lo consuela diciéndole que el amor que el chico le profesa le pertenece sólo a él; aunque ella lo rechace, esa verdad jamás podrá modificarla. Lo que tú des es tuyo para siempre; lo que te guardes, para siempre está perdido, le insiste el tendero, que es de la opinión de que nunca debemos dejar de hacer el bien a los demás.

El actor confiesa que, junto con la obra *Historia del zoo*, que interpretó en el año 1964, *El Sr. Ibrahim y las flores del Corán*, son las dos piezas en las que más satisfecho y contento se ha mostrado tras cada representación. A las órdenes de Ernesto Caballero, y con la compañía del joven Julián Ortega, todo ha sido también más fácil y llevadero. *Julián es hijo de la actriz Julia Muñoz, con la que coincidí en Tábano. Lo he visto crecer y a los cinco años bromeaba conmigo. Paradójicamente nos hemos reencontrado ahora. Con Ernesto hemos trabajado estupendamente; la obra ha crecido casi sin darnos cuenta. Siempre dice pocas cosas, pero las exactas siempre para mejorarlas. He aprendido mucho como director. He sentido cierta inquietud a la hora de enfrentarme con mi personaje, sobre todo porque en los últimos 30 años me he dedicado a la dirección de escena. Es preciso ir al teatro a divertirse, aunque sea llorando*, subraya en clara alusión a esta función que provoca una profunda emoción en el público.